

La ciudad es el campo: Una contradicción llena de sentido

Rossana Reguillo C.*

La conquista de un código en ningún sitio es más valiosa que en la ciudad. Va de lleno el honor y a veces la vida... peligroso entregarse a actos indecentes en las cercanías de un lugar consagrado... ninguna sinceridad sin formalismo, ninguna religión sin urbanidad.

Jacques Rossidud

Desde que las sociedades medievales conquistaron o "sucumbieron" al nuevo tiempo del trabajo, algo del paisaje social empezó a cambiar (Le Goff 1983). La diversificación del trabajo y el creciente número de oficios que fueron transitando de la proscripción a la "legitimación", transformaron los modos de vivir, la relación con el espacio y la relación entre los hombres. Es el despertar del comercio de largo alcance el que va a convertir a la ciudad en centro de la vida social (Braudel 1976). La ciudad emerge en la tensión progreso-deterioro, entre un orden que fallece, el de la estructura feudal, y un orden que aún no acaba de encontrar su rostro, el del surgimiento del estado nación.

La ciudad medieval, frágil organización que levanta sus murallas para resguardarse del bandidaje, y al mismo tiempo intenta bajarlas para huir de la peste. Centros de

* Posgrado en Comunicación, ITESO. Candidata al Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS-Universidad de Guadalajara, Area de Antropología e Historia.

poder que controlan las rutas de comercio, vulnerables por el control ejercido sobre ellas por el tránsito de mercancías y bienes de consumo.

Ahí, el ciudadano que desde entonces va a elaborar sus propias jerarquías, el mendicante que abandona la protección de su convento rural, el comerciante, la prostituta, el intelectual, van a encontrarse y a integrarse en un pequeño espacio que les impone unas formas sociales desconocidas (Rossidud 1987). La ciudad inquieta, amenaza, pero protege. No tardarán en salir las ordenanzas, las prescripciones y las proscipciones así como la histórica resistencia de los no favorecidos por estas ordenanzas urbanas.

Y desde entonces la ciudad ha cambiado, aunque no tanto como para no reconocer que en aquellas urbes y en las de hoy, son los ciudadanos los protagonistas de las relaciones, los procesos y desarrollo de la vida citadina.

Plantear hoy el tema de la ciudad es pues una tarea difícil y compleja, ya que no es posible reducir su problemática a un enfoque exclusivamente económico de las relaciones en juego, pero en el sentido inverso, igual de pobre y reduccionista puede resultar el hecho de acercarse al fenómeno de la ciudad como mera cuestión de “símbolos”. Tampoco es posible mirarla sólo a través de lentes —que aunque útiles— se han ido desgastando, por ejemplo aquellos que descansan sobre segmentaciones disciplinarias y disciplinadas como lo tradicional-moderno, lo rural-urbano, lo culto-popular; las fronteras se interpenetran. Estas categorías si bien ayudan a establecer distinciones pertinentes para elaborar tipologías de los “modos” y presencias en la ciudad, dificultan el abordaje de ese objeto complejo donde los enfrentamientos, intercambios, mezclas, exclusiones y autoexclusiones, desbordan las categorías de análisis rígidas y esencialistas.

La ciudad es escenario de múltiples rostros, espacio que no es solamente el lugar físico donde se habita, sino fundamentalmente ese lugar social que posibilita un modo

de relación específico, el cual se articula en tres niveles: los modos de producción, las formas de organización social y el conjunto de representaciones simbólicas que dan sentido a esos modos de producción y organización (Castells 1986).

Si se acepta que la ciudad como objeto de estudio no se agota en acercamientos unitemáticos y cerrados, una perspectiva es entonces mirar la ciudad *a través de sus actores*, indagar en la experiencia colectiva los modos en que se participa, de ese espacio social, en las formas como esa relación es “narrada” por un lado, y por otro, en los usos que los ciudadanos hacen del espacio urbano. *Decir la ciudad, usar la ciudad*, para encontrar en este doble movimiento los elementos que ordenan la relación de los actores con el espacio habitado.

Planteado en otros términos lo aquí propuesto es ir al encuentro de la ciudad a través de la cultura urbana, no como un componente “accesorio” de la vida social, sino precisamente como ese conjunto de esquemas de percepción, valoración y acción (Bourdieu 1987) que orientan y definen no sólo la representación de los actores sobre su realidad sino además su acción. En este punto coincidimos con Geertz en su crítica a Goodenough cuando éste afirma que “la cultura está situada en el entendimiento y en el corazón de los hombres”, lo cual implicaría aceptar que la cultura consiste en lo que uno debe conocer o creer a fin de obrar de una manera aceptable para sus miembros (Geertz 1991: 25), de tal manera, el análisis cultural desprendido de esta vertiente se centraría en describir el conjunto sistemático de reglas que los actores siguen en el curso de su acción. Este planteamiento implica al menos dos cuestiones a considerar: por un lado supondría una relación simétrica entre acción y representación, y la acción tendría aquí una condición de “efecto” con aparente independencia de la situación, de las condiciones objetivas del entorno, entre otras cosas, lo que a su vez implicaría una

acción transparente, ya que es efecto del conjunto de conocimientos y creencias de un grupo; por otro lado asumir este planteamiento es dejar de lado la dimensión material de la cultura que si bien pasa por el conjunto de “conocimientos y creencias” no se convierte —necesariamente— en un patrón de conducta.

Así cuando decimos que la cultura urbana sería para nosotros el conjunto de esquemas de percepción, valoración y acción de los sujetos, en un contexto determinado, específico y particular, no significa que se adopte una posición teórica en búsqueda de empatar o encontrar en los sistemas de representación simbólicos la explicación de la acción social, como la única “fuente” de la que se nutren las prácticas sociales. Más bien, la conceptualización de la cual partimos se acerca a la de Víctor Turner (1988), en el sentido de concebir la cultura de acuerdo a su función productiva y a los símbolos, más que como vehículos de significado —aunque también lo son—, como “operadores” que hacen “cosas”, siempre dentro de un contexto y de una situación particular; los sistemas simbólicos operan así como “fuerzas activas en los procesos sociales” (Ortner 1984). En tanto fuerzas activas entendemos que interactúan con otro conjunto de fuerzas que, o bien se les oponen o bien las reafirman: es la articulación, el tejido denso que forma la situación, comprendida aquí como la relación entre el escenario, la posición de los actores, las reglas y el dominio que poseen los actores sobre dichas reglas, los “objetos” sobre los cuales operan estas fuerzas y lo que implican para el actor involucrado, aunado al “conjunto de conocimientos y creencias”, que a su vez pueden estar en tensión —no siempre lo que se “cree” armoniza con lo que se “sabe”—, lo que consideramos como elementos constitutivos de la acción.

En este sentido la cultura como “estructura de significación socialmente establecida” (Geertz 1991: 26), opera

como mediación entre las condiciones objetivas del entorno y la “respuesta” en términos de acción.

La posibilidad de pensar y entender la ciudad y las formas de relación ahí implicadas, supone entonces un acercamiento a la cultura urbana no como un todo homogéneo, producto de la acción uniforme de actores sociales sin historia, sin identidad, ni proyecto, sino como la causa y el efecto de la acción de sujetos diferenciados histórica y socialmente.

El horizonte espacial común de los ciudadanos no explica por sí mismo la similitud y la diferencia entre modos de concebir la realidad y actuar sobre ella.

Sin embargo es posible reconocer que este horizonte espacial o “ambiente construido posibilita la copresencia de sujetos y objetos heterogéneos, donde la presencia de vínculos estructurales regulan, aunque sea de manera flexible, el tiempo, espacio y modo de interacción” (Mela 1989: 14). Lo que se quiere poner de manifiesto aquí es la necesidad de considerar *espacio, significación y acción*, como elementos indisociables de la cultura urbana. Intentaremos explicar esta tríada a partir de la ejemplificación de cada uno de sus componentes.

En el caso del espacio urbano, éste ofrece al ciudadano como un contexto de múltiples posibilidades de intercambio, posibilidades sujetas a un marco de regulación y ordenamiento que preconfiguran el tipo de intercambio dado en este espacio urbano, que reviste al menos tres modalidades: intercambio espacio-actor (en casos como la visita turística o el paseo, cuyo fin explícito es el de entrar en contacto con un espacio particular); intercambio actor-actor, con aparente independencia del espacio (por ejemplo, citas de negocios o de placer, encuentros ocasionales); intercambio actor-actor mediada por el espacio (como los establecidos por ejemplo en lugares de culto, edificios públicos, hospitales, teatros). Pensamos que aún en la segunda modalidad, la del encuentro fortuito o arreglado (“no importa dónde, el

caso es vernos para platicar o cerrar el negocio”), el espacio introduce un conjunto de “señales”, que le permiten al actor decodificar, es decir, hacer una interpretación de estas “señales”, para orientar su conducta, reduciéndose así el margen de ambigüedad producido por todo intercambio. No quiere decir que el espacio “me comunique lo que debo o no hacer”, sino que en el espacio se objetiva un tipo de discurso que el actor tiene la *competencia*¹ de leer. Es decir, la plaza pública, el hospital o el café, “significan” como espacios en tanto existe un *otro interpretante*,² el segundo componente del esquema.

Entendemos pues que el espacio está, bajo esta perspectiva, indisociablemente unido a la *competencia* (por presencia o ausencia) del actor para descifrar la forma y el contenido del discurso objetivado en el espacio. Podemos afirmar que la ciudad tendería a reproducir cierto tipo de relaciones de dominación, relaciones que si bien asumen un carácter simbólico, son de acuerdo a Geertz “formulaciones tangibles de ideas, abstracciones de la experiencia fijadas en formas perceptibles, representaciones concretas de ideas, actitudes, de juicios, de anhelos o de creencias” (Geertz 1991: 90). Si esto se acepta podríamos pensar, siguiendo una propuesta del investigador italiano Antonio Mela (1989), al menos en tres procesos de la conformación del ámbito urbano: procesos de exclusión, selección y jerarquización.

Procesos a través de los cuales la ciudad va dibujando sus fronteras, delimitando territorios, definiendo los modos de interacción.

Los primeros serían aquellos que pasan por la exclusión de algunos sujetos a algunos espacios urbanos. Exclu-

1 Por competencia entendemos al saber-hacer implícito en el sujeto, anterior a la acción (cfr. Greimas y J. Courtes 1982).

2 Interpretante sí es en este caso el “intérprete del signo”. Es importante aclarar esto ya que de acuerdo a los desarrollos lingüísticos y semióticos (Peirce, Eco), el interpretante se refiere al signo que es remitido por otro signo, generándose con esto una semiosis ilimitada.

sión que puede tener diferentes formas: barrera arquitectónica (sobre los que tienen alguna deficiencia o limitación física); barrera económica (que excluye a quienes no pueden costear el acceso al espacio); barreras normativas (con efecto sobre los no iniciados, los no fieles, los no miembros); barreras de código (que actúa sobre aquellos que desconocen o no comparten el código expresivo del espacio).

Los procesos de selección, aparecen cuando en ámbitos urbanos aparentemente libres operan ciertos mecanismos de “disuasión”, los cuales tienden a desalentar a cierto tipo de públicos que no se ajustan a los modelos y patrones de conducta implicados en el espacio.

Finalmente por jerarquización, que supondría a diferencia de los otros dos, la inclusión de actores con posiciones diversas, inclusión que opera con la aceptación expresa de los actores implicados en algunos ámbitos (espectáculos, organizaciones productivas, eventos cívicos o religiosos), pero capaz de darse tácitamente en las instituciones de servicio público por ejemplo, donde quien posee mayor rango o capital cultural, puede hacer valer sus derechos con mayor éxito.

Exclusión relativa o absoluta, autoexclusión, selección sutil o evidente, jerarquización manifiesta o no, lo importante aquí es que, para que estas formas de relación con el espacio urbano operen, es necesaria la presencia de actores con esquemas de percepción y valoración, socialmente constituidos, que le sirven para entender el espacio, sus límites, sus elementos; podemos entonces empezar a hablar de una cultura urbana, donde el actor es urbano “no tanto por vivir en un *habitat*.... como por encontrarse inmerso en las líneas de ritmos y movimientos cuyo centro es la ciudad” (González Escudero 1991: 190).

Finalmente, la acción, último componente de la triple relación que conformaría la propuesta para acercarse a la cultura urbana.

Hablar de acción es remitirse al universo de las prácticas sociales. Por práctica social entendemos a la actividad transformadora de los actores sociales sobre una materia prima de carácter social o material.

Siguiendo a Bourdieu (1987) pensamos que la relación entre la estructura y acción, está mediada por un conjunto de disposiciones y esquemas de percepción, valoración y acción, denominado *habitus*, que es la incorporación por parte del actor de la cultura objetivada en las estructuras, cultura incorporada que se convierte en el principio generador de las prácticas. Es importante enfatizar el *habitus* como una categoría subjetiva pero no individual, en el sentido de que si bien es “cultura interiorizada” esta se hace a partir de un capital simbólico social.

El *habitus* nos parece entonces como una categoría teórica —difícilmente metodológica— que permite tender un puente entre lo objetivo y lo subjetivo. Lo cual nos lleva a plantear que la acción no está “determinada” por modelos, reglas o pautas de conducta. Es decir, más allá de una concepción meramente normativa, la cultura no determina tanto lo que de hecho se cree y se realiza, sino en palabras de Giménez (1987), lo creíble, lo realizable, lo concebible.

El espacio urbano es por lo tanto, como un “campo de posibilidades”, como un marco de actuación virtual en el cual los actores, desde el lugar social que ocupan y de las competencias que poseen, realizan una serie de operaciones de “lectura” sobre este espacio, con el fin —no necesariamente consciente— de verificar o desmentir los “significados” propuestos por las diferentes instituciones y grupos en la ciudad.

De acuerdo a este planteamiento tendríamos en la ciudad a un actor expuesto al discurso social de las instituciones (familia, escuela, instituciones gubernamentales, medios de comunicación, etcétera), discurso que el actor va apropiando e incorporando de acuerdo a su *habitus*. A

la vez, las prácticas engendradas por esa competencia, reactivan el sentido objetivado en las instituciones, dinamizando de manera incesante este sentido.

Contrariamente a algunas críticas sobre lo mecánico y reproduccionista de este modelo, pensamos que éste permite entender los cambios y las transformaciones. De acuerdo a una ecuación planteada por Giménez (1987), la práctica sería el resultado del *habitus* más la situación en la que opera: $P = H + S(n)$.

Es decir, estos esquemas de percepción, valoración y acción, se modifican siempre y cuando operen en condiciones objetivas diferentes a las que les dieron origen, por ejemplo de "*habitus* rural" a "*habitus* urbano" en migraciones campesinas. Para no violentar el modelo es necesario aclarar que esta adaptabilidad y ajuste permanente, sólo asume el rostro de una conversión radical en situaciones extraordinarias como revoluciones o cambios de país.

De esta manera podemos plantear que las prácticas de los actores urbanos están subjetivamente ajustadas a las posibilidades objetivas, vinculadas a un grupo o una clase. Sin ser la práctica una reacción mecánica, podemos encontrar en ellas ciertas regularidades, ya que las condiciones objetivas confieren homogeneidad a los miembros de un grupo. Una práctica puede entonces identificar o separar de los otros.

Es pues la práctica cotidiana el "lugar" de la puesta en escena, donde cultura objetivada y cultura interiorizada se encuentran, se desencuentran, dialogan, negocian, se oponen.

El análisis de la ciudad no se agota entonces en el estudio del espacio, ni en los discursos institucionales o grupales, ni en las acciones ciudadanas, separadamente. La ciudad es estructurada por los actores sociales al tiempo que éstos, como actores históricamente situados, son estructurados por la ciudad (Giddens 1987). Doble movimiento que nos permite acercarnos a la cultura urbana,

desde la triple relación espacio-significación-acción, distinciones analíticas que no pretenden abarcar el “todo urbano”, pero tampoco reducirlo.

En este intento por no reducir el objeto, nos parece fundamental introducir la noción de *poder*, aunque nos hemos referido a ella de manera implícita. Poder, siguiendo a Foucault (1979) no es el nombre de una institución o un aparato, sino el nombre de las relaciones de fuerza inmanentes y constitutivas de la organización social, relación que no está en posición de exterioridad con respecto a otro tipo de relaciones sociales, sino que tiene un papel directamente productor en el ámbito de las relaciones intersubjetivas.

El poder así definido se convierte en un “elemento” co-constitutivo de las interacciones que se dan en el espacio urbano. Es decir “no existe ninguna relación sin la presencia del poder” (Foucault 1976; Adams 1978). Pero no podemos dejar de lado que donde hay poder hay resistencia, la cual tampoco está en posición de exterioridad con respecto al poder.

El actor participa en la ciudad y de la ciudad, portando su posición en la estructura, lo que convierte la interacción en una relación diferenciada y desnivelada con respecto al “grado” de poder implicado en la misma. Por ejemplo, el caso de una relación a escala individual, donde una recepcionista del Seguro Social interactúa con un usuario de bajo nivel escolar y económico; no es sólo el poder “real” que puede ejercer la recepcionista al controlar el acceso a los servicios médicos, sino además la aceptación por parte del usuario del poder “simbólico” de la recepcionista (expresada en diversos símbolos, como el uniforme, el empleo de un código indescifrable para el usuario, el tono, etcétera), que confiere a esta interacción un sentido particular distinto al que tendría la situación si el segundo actor hipotético, no cediera a la recepcionista ese poder simbólico, en virtud a una posición estructuralmente superior. El control

al acceso de los servicios sigue existiendo, pero las relaciones de fuerzas han cambiado.

El poder sólo se ejerce cuando el “objeto” es capaz de decidir por sí mismo, es decir posee sus propios controles, según lo ha planteado Richard Adams (1978), ceder los controles es otorgar el poder.

La ciudad se caracteriza por la emergencia constante de instituciones especializadas en la administración y prestación de cierto tipo de servicios, tanto públicas, como —de acuerdo a la tendencia actual— privadas; este no es un mero comentario anecdótico o al calce, pensamos que precisamente esta tendencia implica una reactualización en las formas de ejercicio del poder, las cuales tienen que ver cada vez más con la seducción, con sutiles estrategias de dominación que cuentan con la complicidad de los actores, y no sólo con formas de imposición abiertas.

En la ciudad más que políticas de segregación, existen *procesos* de segregación, mucho más eficientes y brutales por su forma operativa.

“La ciudad somos todos” se convierte en simulacro, en sociabilidades del “como si” (Joseph 1988: 24), pero el “como si” difícilmente puede alterar las bases estructurales que sustentan este objeto complejo llamado ciudad. Ciudad simulacro, espacio ritual sin protecciones rituales, donde la *communitas* de Turner (1988: 137-ss), emerge espontánea, esporádica, momentánea y permite al actor ensimismado, pronunciar un “nosotros esencial”, en la manifestación política, en el concierto de rock, en el partido de fútbol, en la plaza engalanada de domingo, donde estamos, al menos fugazmente, “como si la ciudad fuéramos todos”.

Así, pensamos que los actores urbanos descubren en el encuentro constante con lo otro, distinto, no sólo ordenamientos normativos, sino modos de revertir estos controles, al transformar el espacio anónimo de la ciudad en territorio apropiado (Reguillo 1991), al configurar a través de los “usos” el paisaje urbano. Junto a la cotidianidad

de oficinas y tiendas, de desplazamientos fugaces, coexisten cotidianidades que escapan a la intención programadora del espacio urbano o la re-inventan, al convertir por ejemplo un parque cercano a los centros de poder, en lugar de compra-venta de drogas o una glorieta de tradicionales paseos familiares, en lugar para la militancia política de oposición y en centro de distribución de arte local. Hay en estas distintas formas de usar la ciudad un señalamiento de reapropiaciones territoriales de signos diversos; la pregunta sería hasta dónde y en qué medida estas formas de vivir la ciudad se van correspondiendo con formas de producción específica por un lado, y por otro cuál es la relación de la pertenencia “territorial” con estas formas. Porque si bien, vivir *en* la ciudad significa acceso a empleo, vivienda, servicios, relaciones familiares, pertenecer a un barrio, vivir *la* ciudad puede estar pasando por otro tipo de ejes, por ejemplo el de la *vivencia frente a la institución, ruptura frente a la repetición* (Pérez del Corral 1988: 1035), *pactos contingentes frente a acuerdos políticos*, nuevas maneras de agruparse: identificación frente a identidades.

Cuáles son estos ejes, cuáles los lugares donde se “construyen” y cómo desde éstos, se experimenta y se resuelve el orden excluyente, ordenado y jerárquico de la ciudad, son preguntas que sólo podemos contestar mirando la ciudad desde sus actores.

La ciudad es finalmente, medios de comunicación, que reducen y erosionan el espacio de lo público, lo que Martín Barbero ha llamado la “teatralidad callejera” (Martín Barbero 1990), esa teatralidad que se banaliza y es transformada en espectáculo televisivo: campañas políticas, mítines de protesta, turismo de ocasión en el que se nos muestra no “cómo sobreviven sino cómo viven los marginados”, o se nos narra la ciudad desde un “video-clip” ranchero. Más allá de la “metáfora” que no pretende eludir el trabajo conceptual serio y riguroso, lo que se in-

tenta poner de manifiesto con estas imágenes es que no podemos entender la ciudad y las relaciones que ahí se juegan, sin entender el papel desempeñado por los medios de comunicación masiva en la construcción de representaciones, no sólo sobre aspectos tan concretos como hábitos y patrones de consumo, sino que además rebasan los límites espaciales, las configuraciones territoriales y las costumbres asociadas a éstas.

Los medios de comunicación como agentes socializadores, como lugares de construcción de sentido, deben ser incorporados a los análisis sobre la cultura urbana.

Por último, la ciudad se nos impone como un objeto difícil de aprehender, su complejidad demanda construir métodos que nos permitan descomponer sus elementos en diferentes y diversos niveles y escalas. La dificultad estriba en cómo acercarse al objeto desde una pluralidad de perspectivas que no resulte una mera yuxtaposición de saberes. La ciudad es el campo de investigación, la antropología el modo de indagación, la pregunta: la interacción urbana y los modos en que ésta construye cultura. La ciudad no somos todos aunque todos vivamos en la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS N., Richard (1978) *La red de la expansión humana*. México: CISINAH, Ed. de la Casa Chata.
- ALONSO, Jorge (coord.) (1986) *Los movimientos sociales en el Valle de México (I)*. México: CIESAS.
- BOURDIEU, Pierre (1987) "Estructuras, *habitus* y prácticas", en Gilberto GIMÉNEZ (comp.) *La teoría y el análisis de la cultura*. Guadalajara. SEP/U. de G./COMECOSO.
- BRAUDEL, Fernand (1976) *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: FCE. 2 vols.

- CASTELLS, Manuel (1986) *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza Universidad.
- DE LA PEÑA, Guillermo, et al. (1990) *Crisis, conflicto y supervivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Guadalajara: U. de G./CIESAS.
- FOUCAULT, Michel (1980) *Microfísica del Poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- GEERTZ, Clifford (1991) *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- GIDDENS Anthony (1987) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1987) "La problemática de la cultura en las ciencias sociales", en Gilberto Giménez (comp.) *La teoría y el análisis de la cultura*. Guadalajara: SEP/U. de G./COMECOSO.
- GONZÁLEZ, Luis (1968) *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.
- GONZÁLEZ ESCUDERO, Santiago (1991) "La ciudad como espacio antropológico", en Román Reyes (director) *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropos/Universidad Complutense.
- GREIMAS, A. y J. COURTES (1982) *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- JOSEPH, Isaac (1988) *El transeunte y el espacio urbano. Sobre la dispersión y el espacio público*. Argentina: Gedisa.
- LE GOLF, Jacques (1983) *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*. Madrid: Taurus.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1990) "Comunicación y ciudad: entre medios y miedos" *El espectador*. Bogotá: núm. 388, septiembre de 1990, Magazin dominical.
- MELA, Antonio (1989) "Ciudad, comunicación, formas de racionalidad", *Dia-logos de la Comunicación*. Lima: FELAFACS, núm. 23, pp. 10-33.
- ORTENER, Sherry (1984) "Theory in anthropology since the sixties". *CSSH*, vol. 26, 1.

- PÉREZ DEL CORRAL, Justo (1988) "Sociología de la vida cotidiana" en Román Reyes (director) *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Barcelona: Anthropos/Universidad Complutense.
- REGUILLO, Rossana (1991) *En la calle otra vez. Las Bandas: Identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara: ITESO.
- ROSSIAUD, Jacques (1987) "El ciudadano y la vida en la ciudad", en Jaques Le Golf, *et al. El hombre medieval*. Madrid: Alianza.
- SAHLINS, Marsall (1976) *Culture and practical reason*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- SCHNEIDER, David (1980) *American kinship a cultural account*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- STONE, Lawrence (1990) *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*. México: FCE.
- TURNER, Víctor (1988) *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.